

ENTREVISTA A DON BRIEL

Maria Wiering

A mediados de enero de 2018, Don Briel, fundador y director del programa de Estudios Católicos de la Universidad de Saint Thomas en Saint Paul, fue diagnosticado con dos tipos de leucemia aguda. Le informaron que los cánceres eran intratables y que le quedaba un mes de vida. Briel dijo que recibió la noticia con buena cara: que un mes no era ni demasiado corto ni demasiado largo como para saber que uno se está muriendo. Murió el 15 de febrero en su casa, rodeado de sus cinco hijos y de sus amigos.

Maria Wiering, editora de "The Catholic Spirit and Catholic Studies alumni", entrevistó a Briel en su casa el 8 de febrero sobre el trabajo de su vida, el futuro de la educación superior católica y la preparación para la muerte. Briel, de 71 años, se retiró de Saint Thomas en 2014 y ocupó la cátedra de Humanidades del Beato John Henry Newman en la Universidad de Mary en Bismarck, Dakota del Norte. La entrevista ha sido editada con fines de claridad.

MW: ¿Cómo se enteró que tenía leucemia aguda?

DB: En realidad no tenía ningún síntoma en particular, excepto algo de fatiga, pero me operé de cataratas el 15 de diciembre, y en la consulta de seguimiento del 5 de enero, el cirujano notó que había una hemorragia en mi ojo y una hinchazón del nervio óptico, y pensó que debía haber alguna afección subyacente que las había causado. Así que me indicó que me hiciera unos análisis de sangre esa tarde, y el lunes por la mañana, camino a misa, me llamaron para decirme

que había células cancerosas en mi sangre. Esa tarde fui a un oncólogo que dijo que definitivamente era leucemia, pero no pensó que era leucemia aguda. Unos días más tarde, me realizaron una biopsia de médula ósea y recibí una llamada que confirmaba que se trataba de leucemia aguda.

Luego estuve unos días en el hospital con una infección y el [siguiente] lunes, el doctor me comentó que existían varias opciones de tratamiento. Pero luego, el martes por la mañana, me dijo en el hospital que tenía una combinación muy rara de dos leucemias agudas, que de hecho eran intratables, porque la quimioterapia puede atacar a una u otra, pero no a ambas.

De manera que, curiosamente, sentí una gran paz. Cuando me dijeron que no había tratamiento, sentí que no tenía que tomar una decisión y que en realidad era algo bueno. Dios había decidido esto y yo no podía hacer nada.

Me dijeron entonces [16 de enero] que probablemente me quedaría un mes de vida. Sentí una gran paz al respecto. Siempre había orado para saber con anticipación cuándo me iba a morir, y mi tiempo ideal era un mes. Es tiempo suficiente para enfocarse en la realidad de la muerte: no es demasiado corto ni demasiado largo.

El punto es que si no hubiera tenido esta cita casual con el cirujano, no lo habría sabido, y, por lo tanto, no habría tenido esta información, que siempre había pedido en mis oraciones. Así que la Providencia parece haber estado presente en todos los aspectos del diagnóstico y de lo que viví esos días.

MW: ¿Cómo han sido estas últimas semanas? Al parecer, continúa recibiendo muchas visitas.

DB: Ha sido una gran sorpresa para mí, en cierto modo, incluso cuando estaba en el hospital. El miedo a la muerte es un verdadero fenómeno en nuestra cultura. Recuerdo que hace algunos años leí *La negación de la muerte* de Ernest Becker, y creo que es un rasgo tan característico de nuestro tiempo, que la gente se asombró de que esto no me afectara, de que no estuviera ansioso por obtener una segunda opinión o realizar un nuevo examen que me permitiera combatir esta enfermedad.

Y desde entonces, supongo que yo había pensado que la muerte sería más una pasión que una acción, que me abstraería de las activi-



Don Briel

dades de mi vida que me habían formado como maestro, todos estos años, y como padre. En vez de eso, descubrí que debo ser más activo, tal vez [aún más] de lo que he sido en mi vida, que la gente quiere venir y tener una experiencia relacionada con los Estudios Católicos y la vida que estos estudios les brindaron, y esto ha sido en efecto una gran bendición.

Las personas me preguntan qué hago durante este tiempo, y algunas de ellas esperan que les diga que estoy leyendo textos importantes de contenido espiritual, y ciertamente leo, pero sobre todo combino la oración — una oración más intensa — con el encuentro con muchos exalumnos y colegas. Y tengo el gran consuelo del cuidado de las Siervas [del Corazón de Jesús] y la gracia extraordinaria de recibir la Misa diaria en mi casa.

MW: ¿Cómo es que ver a tanta gente con la que se ha conectado a través de los Estudios Católicos lo ha llevado a reflexionar sobre el trabajo de su vida?

DB: En términos generales, se conoce tanto la cantidad como la calidad de los estudiantes que han participado en este programa. Recientemente, recibí una nota de Matthew Levering del Seminario Mundelein. Dijo que dondequiera que viaja, se encuentra con estudiantes de Estudios Católicos, y está impresionado no solo por sus vidas sino también por el trabajo que están haciendo. Sin embargo, una cosa es saber eso de manera abstracta, y otra es que vengan, a veces después de muchos años, a hablar de sus vidas, a hablar de sus

familias, a hablar de su sacerdocio o de su vida religiosa, y a compartir su gratitud por todo lo que los ha formado: la transformación de vida que Estudios Católicos les ha dado.

MW: Usted es conocido por ser el fundador de Estudios Católicos. Especialmente este año que este programa de la Universidad de Saint Thomas celebra su vigesimoquinto aniversario, ¿puede contarme acerca de la fundación y las ideas que lo impulsaron?

DB: Mi función en ella fue providencial, en el sentido de que fue el resultado de un conjunto de trabajos y lecturas que habían moldeado mi propia vida y educación, sobre todo, por supuesto, el trabajo del cardenal John Henry Newman, cuya visión de la educación universitaria tuvo un profundo impacto en mi visión de lo que era necesario en nuestra época, [a través de] su insistencia en que el propósito de la universidad era formar la mente y el hábito de los estudiantes, lo que les permite ver las cosas en relación con otras y hacer juicios sobre la realidad. He ahí la esencia de mi visión.

Cuando llegué a Saint Thomas enseñé en el Departamento de Teología. Había hecho mi doctorado en Estrasburgo (Francia), centrándome en Newman. Durante algunos años, fui jefe del Departamento de Teología, y lanzamos varios programas innovadores, incluyendo "Perspectivas", que intentaba combinar cursos de teología con filosofía e inglés. La intención era que, si uno estaba leyendo un texto en inglés, una obra teológica y un texto de filosofía, podría tener alguna idea del impacto de un área sobre la otra y de su interrelación.

Descubrimos que esto era muy difícil de lograr, en parte debido a la estructura de recompensas de la universidad, así que no era posible modificar el plan de estudios de entonces. Ello me llevó a plantear la creación de un nuevo programa, un programa interdisciplinario, que reuniera a un grupo de profesores y estudiantes para tratar de crear las condiciones para esta formación, que proporcionaría a los estudiantes un hábito de pensamiento integrado. Era polémico porque era nuevo. Las universidades eran cada vez más especializadas y se basaban cada vez más en la competencia disciplinaria.

Para lograr este hábito [en Estudios Católicos], no basta con tener un programa académico, sino que se deben crear programas de formación que inviten a los estudiantes a una especie de vínculo de comunión del que puedan surgir amistades profundas. Se trató de un

intento de formar todos los aspectos de la vida, no solo de la mente. Esto era muy importante para Newman. Pensó que esto no podía suceder sin una estrecha relación personal entre profesores y estudiantes, y también sin una experiencia de convivencia, que no podíamos crear en el campus de Saint Paul. Esta fue una de mis motivaciones para desarrollar el programa en Roma.

MW: ¿Por qué el cardenal Newman? ¿Qué le llamó la atención de él?

DB: Lo primero que me impresionó de Newman fue su importante trabajo teológico en “Un ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana”, en el que plantea la pregunta de toda la humanidad: ¿cómo pueden cambiar las verdades para seguir siendo las mismas? Hoy en día pensamos muchas veces que el cambio es la corrupción de una idea; pero para Newman, el tiempo es importante, no simplemente accidental, por lo que el cristianismo como idea, como cualquier idea viva, debe seguir expandiéndose y encontrar nuevas formas de articular sus convicciones más profundas para permanecer fiel a sí mismo.

Se trata de un hombre ortodoxo en las formas más creativas —no solo una especie de anticuarismo o conservadurismo, alguien que se aferra al pasado—, sino que ve cómo una idea viva puede conservar su carácter esencial y también responder a las condiciones cambiantes de la historia. Así que ese es el lado teológico.

Por supuesto también escribió, entre otras obras, un ensayo muy importante sobre la relación entre autoridad y libertad —*Carta al Duque de Norfolk*—, en el que reflexiona sobre la naturaleza de la infalibilidad papal y su relación con la libertad. Pero era un gran ser humano. T. S. Elliot dijo que era el mejor homilista en lengua inglesa. Era un ser muy complejo con una amplia visión. Escribió una de las dos grandes autobiografías espirituales de la historia, junto con las *Confesiones* de Agustín, la *Apología pro vita sua*. También escribió obras filosóficas muy importantes, además de ser un poeta. Me gustaba su alcance.

A menudo se le llamaba el padre del Concilio Vaticano II. Preparó el camino para los aportes del siglo XX sobre todas estas preguntas —cómo la verdad puede cambiar pero permanecer igual, cuál es el rol del papado en relación con la Iglesia como un todo— y desde ese punto de vista, él seguía siendo para mí una mente inspiradora.

MW: Estudios Católicos creció bastante más allá de una especialidad académica: tres institutos, conferencias anuales. ¿Cómo fue para usted supervisar ese proyecto? ¿Por qué era importante que fuera algo más que un programa académico en un centro?

DB: Tenía la esperanza de que Estudios Católicos fuera un catalizador para la universidad en su conjunto, no solo un programa académico para los estudiantes, sino un foro que invitara al profesorado y al personal a una reflexión sostenida sobre la identidad y la misión católica de toda la universidad. Por eso desarrollamos institutos que promovían la reflexión interdisciplinaria y la planificación de programas. Desarrollamos series de conferencias [y] programas de desarrollo del personal docente, en los que uno podía reunirse para pensar en voz alta durante una semana, centrándose en un conjunto de textos comunes. En suma, realmente queríamos hacer de este un verdadero centro para la universidad y no simplemente un programa académico como cualquier otro.

MW: Usted ha visto que Estudios Católicos se ha expandido por todo el país, incluso en instituciones públicas. ¿Qué cree usted que atrae a otras universidades a este programa? ¿Y cuál es el futuro del movimiento de Estudios Católicos?

DB: Por un lado, creo que cada vez se reconoce más que la reducción de la educación universitaria a una mera educación técnica y a ciertas competencias limitadas en un campo profesional en particular deja sin examinar los propósitos más amplios de la vida humana: la capacidad de formar criterio, de formar el hábito de pensamiento, de ver las cosas adecuadamente y la auténtica relación entre estas. Creo que cada vez se reconoce más que la universidad está en crisis y que se debe hacer algo más. Por cierto, esto es válido para todas las universidades, ya sean seculares o religiosas. Por lo tanto, creo que existe la sensación de que necesitamos encontrar algo que nos brinde la oportunidad de tener una visión más humanista y clara sobre el propósito de la educación; [una sensación que nos lleva a preguntarnos] cuáles son sus objetivos más profundos.

Desde el punto de vista católico, por supuesto, nos enfrentamos al hecho de que más del noventa por ciento de los católicos en las universidades de este país están en instituciones seculares, no en instituciones católicas. La idea original fue que, si se tenía un Centro New-

man unido a un campus secular, se podía inculcar este tipo de formación pastoral y sacramental de la mano de una formación intelectual del campus más grande. Pero creo que hoy en día la secularización de la cultura ha ido tan lejos que ya no es suficiente en sí misma —que se necesita una formación intelectual realmente orientada a estos bienes más profundos que complementará la formación técnica que los estudiantes reciben en el campus seglar—. De modo que espero que esto siga creciendo.

He participado en varios programas nuevos en todo el país, más directamente en la afiliación de la Universidad de Saint Mary con la Universidad Estatal de Arizona, pero también en el trabajo en la Universidad de Nebraska, en su Instituto Newman para el Pensamiento y la Cultura Católica, y espero que esto continúe creciendo.

MW: ¿Cuál cree que es el futuro de la educación superior católica?

DB: La predicción es que un número muy considerable de universidades católicas medianas y pequeñas cerrarán. Existen varias razones que explican esto, como motivos financieros. Simplemente no es un modelo sostenible, creo, suponer que las universidades pueden sobrevivir, particularmente si no tienen una identidad muy distintiva que las destaque entre las alternativas que son mucho menos costosas.

Creo que ha habido una pugna y durante muchos años he estado involucrado en ella, y en determinar cuáles son los propósitos más profundos de una universidad católica y cuáles sus rasgos distintivos. En *Ex corde Ecclesiae*, san Juan Pablo II describió lo que él consideraba la esencia de la enseñanza universitaria católica, pero el hecho es que muchas universidades católicas simplemente han emulado a sus contrapartes seglares al avanzar hacia esta educación técnica, pragmática y utilitaria que está educando a los estudiantes para el éxito o la competencia especializada.

Como he mencionado antes, la profunda crisis que surge de este modelo es que, si los estudiantes no tienen un sentido más profundo de los propósitos más amplios de la vida y de la educación, simplemente se convierten en tecnócratas incapaces de contribuir al bien común que da sentido a la vida. Sin ese sentido más profundo de la base religiosa de la experiencia humana —afirmó el Sr. Dawson— siempre se producirá una forma de totalitarismo u otra.

MW: ¿Cuál es, según usted, la esencia de Estudios Católicos?

DB: Los exalumnos que acuden a mí ahora dicen que Estudios Católicos abrió sus vidas a la posibilidad de una libertad gozosa. Sentían una nueva posibilidad, su vida no era simplemente una especie de rutina técnica. Había la alegría *gaudium in veritate* que Agustín describió en el corazón de la universidad que les dio esta gran libertad. Por eso creo que tiene este [aspecto] de conversión.

A veces, cuando había vacantes, teníamos estudiantes de universidades como Yale, Williams, Dartmouth, Notre Dame en el programa [del semestre de Roma]. Casi todos estos estudiantes afirman que las amistades más profundas de su experiencia universitaria se formaron en ese semestre, y ello se debe a que los estudiantes no solo compartían intereses comunes, sino que compartían los fundamentos más profundos de sus vidas. Buscaban crecer en sabiduría y ordenar sus vidas hacia la verdad. Y considero que es una de las cosas más notables de Estudios Católicos: los lazos de comunión que se vinculan entre sí y las amistades que han producido, amistades que perduran en el tiempo y en el espacio.

MW: ¿Qué siente al saber esto?

DB: Este no es mi trabajo, no es nuestro trabajo, es el trabajo de Dios, y el haberseme otorgado la posibilidad de ayudar a realizar esta gran visión educativa ha sido el gran privilegio de mi vida.

MW: ¿Qué es lo que le ha dado más alegría en sus funciones universitarias?

DB: Bueno, creo que la esencia de mi visión respecto de mi propio trabajo es la de un educador o un profesor. El trabajo administrativo se hizo fundamental. No habría sido mi elección ni se ajusta a lo que siento que soy. Pero estoy profundamente impresionado por la sensación de Newman de que cada uno de nosotros tiene una vocación: puede que no lo sepamos en esta vida, pero lo sabremos en la próxima.

Y esto significa no solo que nos proponemos realizar algo o hacer algo, sino que tenemos que estar atentos a las gracias que nos llegan, que nos invitan a asumir un trabajo que nunca habríamos anticipado ni comprendido. Así que, para mí, desde el principio Estudios Católicos fue un sentido de vocación que me fue dado, no algo que me propuse hacer o lograr. Y entonces me di cuenta de que tomaría cier-

tos caminos que realmente no hubiera deseado o buscado: el aspecto administrativo, el aspecto de recaudación de fondos, el aspecto de relaciones públicas, las dimensiones nacionales e internacionales. Siempre me había considerado esencialmente como un profesor de aula. Y, sin embargo, las exigencias de este programa crecieron, y empecé a ver que tenía una vocación para ello.

MW: Pero usted pudo enseñar las obras de Newman de vez en cuando.

DB: Sí, así es. Y fue una gran alegría poder compartir mi amor por Newman con los estudiantes que respondieron de manera realmente notable a lo largo de los años.

MW: ¿Siente que ha cumplido el propósito para el que Dios lo creó?

DB: Estoy muy contento con el legado que veo en las vidas de los estudiantes que a veces se acercan a mí en los aviones, aeropuertos o eventos, y que me expresan su gratitud; y lo han hecho de una manera abrumadora en estas últimas semanas.

El único elemento que me hubiera gustado desarrollar más es esta función de Estudios Católicos y de los campus seculares, porque definitivamente creo que es el futuro de la relación de la Iglesia con la educación superior. No obstante, creo que eso avanzará. Hay otros que pueden asumir ese trabajo. Tengo que admitir que espero con impaciencia la muerte, no con un sentido de gran éxito, sino con un sentido del privilegio, una vez más, de haber sido invitado a este trabajo que ha dado estos grandes resultados.

MW: Usted mencionó que en el hospital se encontró con una enfermera que sabía que usted era teólogo, y se sorprendió de cómo usted enfrentó su diagnóstico. Ella le preguntó cómo se acercó usted a la muerte como teólogo. ¿Qué le dijo?

DB: Ella tuvo una mala experiencia en un curso de teología como estudiante de pregrado, y pasó de una institución a otra, y solo quería saber cuál era el sentido de la teología y si explicaba algo de lo que ella veía como la serenidad de mi respuesta a este diagnóstico. Ahora bien, este [cuestionamiento] fue cierto no solo en una enfermera, sino también en un médico que estaba atendiendo mi infección.

Una vez más me sorprende el hecho de que tanta gente tenga miedo. Juan Pablo II dijo que el siglo XX será recordado no tanto por su carácter sangriento, que fue catastrófico, sino por el miedo. Y creo que mucha gente le teme a la muerte en gran medida porque no siente que haya algo más aparte de la inmediatez del mundo material.

Y para mí, como para cualquier cristiano, por supuesto, nuestra confianza no radica en este mundo, sino en el mundo al que estamos invitados en Cristo, y en la gran esperanza que nos da ante la perspectiva de la muerte.

MW: Como católicos, hablamos de la idea de “una buena muerte”. ¿Usted se ve a sí mismo experimentando una buena muerte ahora mismo o preparándose para una?

DB: Es interesante. Siempre me ha sorprendido el hecho de que cuando la gente habla de una “buena muerte” hoy en día, tiende a referirse a una que han elegido. Se hace mucho hincapié en el suicidio asistido por un médico, por ejemplo. Cuando estudiaba en Estrasburgo, había un retablo muy famoso en Colmar que fue pintado para consolar a los pacientes que morían en un hospital. Es una imagen muy cruda del sufrimiento de Cristo. Cuando un cristiano habla de una buena muerte, quiere decir algo muy diferente de lo que nuestra propia cultura tiende a expresar.

Y, sin embargo, irónicamente, me encuentro en una situación en la que anticipo una muerte con muy poco dolor físico. Llama mucho la atención. Pero sí, esto ha sido todo lo que esperaba, ya que esperaba tener aproximadamente un mes para prepararme para la muerte, y que pudiera ser consciente de ello y ordenar mi vida a esa verdad. Y luego tengo este enorme consuelo gracias al cuidado que me brindan las Siervas [del Corazón de Jesús], al cuidado proporcionado por mi familia, mis hijos y nietos, y por tantos amigos que vienen de todo el mundo, así como por mis viejos alumnos. Y, finalmente, lo que es más sorprendente, parece que tendré muy poco dolor a medida que me acerco a la muerte, Dios debe saber que soy un cobarde. Así que es más de lo que podría esperar.

MW: ¿Ha pensado que este momento de su muerte es de cierta manera su última lección —lo último que está aprendiendo, y también lo último que es capaz de enseñar a los demás—?

DB: Creo que sí. Esto me ha movido con frecuencia durante este proceso. Usted mencionó a la enfermera y al médico que me atendieron y creo que todos somos testigos de la verdad hacia la que se ordenan nuestras vidas. Y, ciertamente, la verdad más profunda es el misterio de la vida y de la muerte.

Mencioné que había pensado que me retiraría de manera pasiva de la inmediatez de las actividades de la vida. Y ahora me doy cuenta de que estoy asumiendo el papel de testigo, de testigo activo, dentro de esa etapa final de la vida. Así que es una extensión de la enseñanza que he tratado de hacer toda mi vida.

MW: Usted ha hablado de retomar el contacto con estudiantes que no ha visto en años. Para aquellos que no ha podido ver, ¿qué quiere que sepan en este momento sobre sus esperanzas para ellos y Estudios Católicos?

DB: Muchos exalumnos me han preguntado qué consejos puedo darles en esta etapa de la vida. Volvería a lo que Newman nos dice acerca de esto: que Dios nos invita a ejercer un papel en el plan de salvación. Creo que el problema moderno para los cristianos no es que tengan un sentido exaltado de su importancia, sino que no tienen un sentido suficientemente profundo de su importancia. Quiero decir, si es cierto que cada uno de nosotros como personas es responsable del logro del plan de salvación, entonces espero que Estudios Católicos haya inspirado a sus estudiantes a darse cuenta de esa grandeza en las vidas que están llevando, así como en el trabajo que están haciendo.

MW: ¿Usted siente como si le hubieran dado la gracia de una visión especial de la vida mientras se prepara para la muerte?

DB: No lo creo. Desde mi infancia he tenido un profundo sentido de la presencia de Dios en mi vida. Y ciertamente lo tengo ahora, pero no de una manera nueva y única. Dios ha acompañado cada aspecto de mi experiencia. Nuevamente regresemos a Newman quien dijo que somos hechos a la imagen de Dios, y que, para él, era imposible pensar en sí mismo sin pensar en Dios y sin pensar en sí mismo. Que en la esencia de esto hay una relación. Sabes que no somos seres au-

tónomos, sino seres en relación. Su lema como cardenal era *Cor ad cor loquitur* (El corazón habla al corazón). Así que toda mi vida me he entendido a mí mismo en esta relación con Dios. Y esto es simplemente otro desarrollo de ese sentido de pertenencia.

MW: ¿Hay cosas sobre la muerte que ayudan a poner en perspectiva aspectos de la vida?

DB: Creo que sí, porque, por un lado, se podría decir que siempre estamos, en cada etapa de la vida, en el proceso de morir, así como en el proceso de vivir. Pero cuanto más nos acercamos a la realidad física de la muerte, más eternidad se vislumbra con una especie de inmediatez, no es solo una abstracción. Y desde ese punto de vista, sí, tiene ese tipo de intensidad.

MW: ¿Hay algo más que quiera añadir?

DB: [Una vez leí] que al final, la vida de uno se definirá por uno de dos hábitos: gratitud o resentimiento. El trabajo de Estudios Católicos no solo para aquellos estudiantes que lo han experimentado, o para el profesorado que ha ayudado a darle forma, sino en mi vida en particular ha sido una fuente de gran, gran gratitud por haber recibido este regalo de ayudar a formar las vidas de nuestros estudiantes de una manera que creo que ha tenido, y seguirá teniendo, un tremendo impacto en la vida de la Iglesia y en la vida de la cultura.